El 20 de Diciembre de 1851, la Reina Isabel dió á luz una niña, que por ser el primer vástago de su descendencia, fué considerada como Princesa de Asturias y presunta heredera de la Corona de su madre. Este acontecimiento, ostentosamente celebrado por la parte oficial de la Nacion, y muy especialmente en las esferas palaciegas, fué pronto oscurecido por un suceso de índole bien diversa que trocó en llanto la alegría, y en sobresalto la risueña confianza de los aduladores habitantes de Palacio. Segun una costumbre antigua, la Reina debia celebrar su salida á misa de parida con una pomposa procesion, al santuario de la Vírgen de Atocha, para cuya ceremonia se habia señalado el dia 2 de Febrero de 1852. El pueblo, siempre curioso, aguardaba en las calles de Madrid para presenciar aquel espectáculo, que escitaba más bien que su adhesion á la monarquía y á la persona que ocupaba el trono, su natural curiosidad y el pueril deseo de presenciar aquella pomposa ceremonia.

En el momento en que la Reina salia de la régia capilla, rodeada de los ministros, los altos dignatarios y las principales personas de su servidumbre, un anciano sacerdote se abria paso por entre la escolta de alabarderos y personajes allí reunidos, y doblando la rodilla ante Isabel II como para entregarla un memorial, clavaba con mano firme un puñal en el costado derecho de la Reina, que cayó bañada en su sangre. La herida sin embargo, aunque el golpe fuese dirijido con mano firme y serena, no fué demasiado peligrosa, por la circunstancia de haber tropezado la punta del puñal en el bordado de oro del régio traje. El espanto y la consternacion fueron generales en cuantos presenciaron tan osado atentado, tanto más, cuanto que la impasible serenidad del regicida daba á conocer la fria seguridad que abrigaba de haber acertado el golpe, lo que hizo sospechar en los primeros momentos que el puñal estaria envenenado. Aquel hombre, que no trató de huir, fué inmediatamente reducido á prision y cargado de cadenas.

Segun se supo por su propia declaracion, se llamaba D. Martin Merino, era capellan agregado á una de las parroquias de Madrid, tenia 63 años de edad y hacía 10 años que regresára á España, despues de haber vivido emigrado en Francia, donde sin duda adquirió una especie de fanatismo político frio é implacable, hijo de las ideas más exageradas y republicanas y que engendráran en su alma un ódio tan profundo á la monarquía, que pudo impulsarle al temerario arrojo de acometer una empresa tan peligrosa, y á una accion que en ninguna manera podemos juzgar disculpable, á no sèr que fuese producto de una enajenacion lamentable, más digna en este caso de compasion que de un severo castigo. Los fines no justifican los medios, y aun mirado bajo el apasionado prisma de la política, la accion de Merino fué un crímen, porque la vida de un semejante nuestro, por más que sea un tirano aborrecible, debe ser respetable para todo corazon honrado.

El más profundo misterio veló sin embargo los móviles que habian inspirado al regicida, y no pudo lograrse de él que denunciára á sus cómplices, si acaso los tenía, ó al partido que tomára parte en la inspiracion de aquel atentado.

Segun han reconocido sus más encarnizados enemigos, Merino era un tipo moral estraordinario: hombre de un singular talento y no vulgares conocimientos,

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación